

Este plegamiento no es sólo confusión de conceptos, sino superposición de fases y de evoluciones. Toda la evolución es colocada a la sombra de una descripción freudiana que se aplicaba a la emergencia de la sexualidad. Pero, correlativamente a este imperio freudiano sobre el desarrollo, el freudismo es completamente vaciado de su sustancia porque toda la evolución es desexualizada.

VII. Un ejemplo notable de confusión: el estado «anobjetal»

Un ejemplo central: son las confusiones groseras vehiculizadas por las nociones de narcisismo y de narcisismo primario. Aquí, será necesario clivar a Freud mismo.

CLIVAR A FREUD
SOBRE EL NARCISISMO

¿Por qué razón otorgarnos ese derecho y pretender elegir «nuestro» Freud, o el «bueno» contra el «malo»? Este proceder sería total-

mente inaceptable si no demostráramos la existencia y el resorte del plegamiento antes denunciado y explicado. La elección por operar no es más que la operación inversa de la confusión que expusimos ampliamente.

Pero lo que legitima también este «clivaje» es la presencia, en textos fundamentales, de tal o cual pasaje errático, monitorio, del tipo «llamado al orden», «recuperemos la calma», donde se nos advierte que el psicoanálisis es algo diferente de lo que se acaba de describir y que, tal vez, la perspectiva debe ser invertida. Así, en el momento mismo en que ha soltado el término, por lo menos ambiguo y tal vez funesto, de «narcisismo primario del niño», Freud nos deja entender claramente que el único narcisismo en cuestión en «Su Majestad el bebé» es el narcisismo de los padres, que proyectan sobre este niño su propio amor de sí y, precisamente, sus difuntos «proyectos». Una lectura interpretativa y clivante se impone entonces, que atraviese los textos de Freud pero no, en modo alguno, según una demarcación cronológica: no hay, en particular sobre esta cuestión del narcisismo, un proto-Freud que fuera absolutamente puro, ni un deítero-Freud totalmente olvidadizo de sí mismo, que estuviera «chocho». No entro entonces en la historia de este plegamiento y me conformo con remitir, por ejemplo, a ciertos textos, sobre todo a los del *Vocabulaire* con Pontalis («Auto-

erotismo», «Narcisismo», «Narcisismo primario y secundario»), que registran lo esencial de los textos freudianos. Y, del mismo modo, a un artículo muy agudo de B. Vichyn, «Nacimiento de los conceptos: autoerotismo y narcisismo».³⁷

¿Qué comprobamos en Freud? Una genealogía que se puede trazar así, y que después se hará compleja: *autoerotismo, narcisismo, elección de objeto*. Es una genealogía-cronológica, es una genealogía de sucesión; no se puede tergiversar pretendiendo que se trata de un falso tiempo o de una génesis mítica: es claramente una a continuación de otra como se proponen estas tres posiciones. Desde ahora vemos que el narcisismo, en esta genealogía, no está al comienzo; además, como se dice de un ladrón entre dos gendarmes, el narcisismo está bien «encuadrado» porque tiene lo erótico a ambos lados: tiene autoerotismo antes y elección de objeto después, y sabemos que para Freud esta no puede ser otra cosa que la elección de objeto de amor. Seguramente ustedes dirán que entre el autoerotismo anterior y el amor posterior habría también que justificar ese cambio de términos... Pero es precisamente el narcisismo el encargado de dar razón de ello.

EL AUTOEROTISMO
QUE, EL MISMO,
NO ES PRIMERO

Recordemos los cuatro aspectos que caracterizan al primer término, el *autoerotismo* o «estadio» —ya que hay que expresarse claramente así— autoerótico: hay *satisfacción in situ*, en tal o cual parte del cuerpo, en el lugar mismo en que la excitación se produce: lo que Freud llama placer de órgano. Se trata de una *satisfacción no unificada*, fragmentada, que no remite a otros órganos ni, con mayor razón, al conjunto del cuerpo, sino que se agota allí donde ella nace; es la imagen de un polípero de placeres. Por otra parte, como lo indica el prefijo auto, el autoerotismo *no tiene objeto exterior*, sea este una persona o, lo que es igual, un objeto parcial. Por último, la actividad autoerótica no se puede definir sin mencionar al *fantasma*, y aun al objeto fantasmático, lo que no es totalmente lo mismo. Demos testimonio de ello por el hecho de que ante todo comportamiento llamado autoeró-

³⁷ *Psychanalyse à l'Université*, 1984, vol. IX, n° 36, págs. 655-79.

tico de un analizado el psicoanalista no deja de buscar y de encontrar el fantasma subyacente: no hay masturbación sin fantasma y el interés de la masturbación por parte del analista es el fantasma. Pero no es este el caso sólo para el adulto: esta dimensión de la representación fantasmática, por lo tanto de la memoria, es postulada desde el origen, desde el prototipo oral del autoerotismo: «Es además manifiesto que la acción del niño que chupe-teja está determinada por la búsqueda de un placer ya vivido y ahora rememorado».³⁸

Señalamos antes que el narcisismo estaba «bien rodeado» en una secuencia, lo que significa, por consecuencia absoluta, que no es el primero, sino que es el segundo: autoerotismo,¹ narcisismo,² elección de objeto. ¿Equivale esto a decir que el autoerotismo sería el primer término, concretamente, en el desarrollo del individuo? Freud, en un pasaje célebre, afirma que este no es el caso: «En la época en que la satisfacción sexual estaba ligada a la nutrición, la pulsión sexual encontraba su objeto fuera del propio cuerpo: el pecho materno. Este objeto fué ulteriormente perdido. . . La pulsión sexual devino, a partir de entonces, autoerótica, y sólo después de haber superado el periodo de latencia la relación original se restableció. . . Encontrar el objeto sexual no es en suma más que reencontrarlo».³⁹ He comentado muchas veces este pasaje,⁴⁰ capital para la teoría llamada del «apuntalamiento», pero hoy queremos superar esta noción de apuntalamiento; explicaremos por qué. Lo que nos importa aquí es que el autoerotismo no es en absoluto primero; que sucede a otra cosa en el tiempo, si bien constituye el primer estadio independiente de la sexualidad; no es el comienzo de la relación con el mundo, sino que marca lo que hemos llamado el tiempo «auto», que supone una retroversión de la relación con el mundo.

EL NARCISISMO,
TIEMPO SEXUAL
DE UNIFICACION

Progreseemos ahora del autoerotismo al narcisismo. ¿Cómo se caracteriza el narcisismo por relación a este primer tiempo de retroversión? En los textos más ex-

³⁸ S. Freud, *Tres ensayos de teoría sexual*, en OC, 7, 1973, pág. 164. [Hemos respetado la traducción ofrecida por Jean Laplanche (*N. de la T.*)]

³⁹ Cf. *ibid.*, pág. 202. Las bastardillas son de Jean Laplanche.

⁴⁰ Por ejemplo en *Vida y muerte en psicoanálisis*, Buenos Aires: Amorrortu editores, 1973, págs. 25 y sig.

plicitos de Freud, él se define como unificación del autoerotismo (por esencia disperso) en un objeto único, pero en un objeto que es él mismo «auto», un objeto que es siempre interno, «reflejado», y sin duda que por eso se lo bautiza con el nombre de ese héroe del espejo, Narciso. Este objeto reflejo es conjuntamente, en una serie de encajamientos sucesivos, el cuerpo propio o, incluso, cierta imagen unificada del cuerpo propio, o incluso el «yo». El texto cardinal, a menudo silenciado o descuidado en su radicalidad, texto inaugural de Freud, suena así: «¿qué relación guarda el narcisismo, de que ahora tratamos, con el autoerotismo que hemos descrito como un estado de la libido en su comienzo [como vemos claramente: estado de la libido en su comienzo, no quiere decir estado del individuo en su comienzo]? Es necesario admitir que no existe desde el comienzo, en el individuo, una unidad comparable al yo; el yo debe experimentar un desarrollo. Empero las pulsiones autoeróticas existen desde el origen; por tanto algo, una nueva acción psíquica, tiene que agregarse al autoerotismo para que el narcisismo se constituya [dos comentarios esenciales: para Freud se trata de una secuencia explícitamente temporal, y no mítica. El nacimiento del narcisismo es absolutamente correlativo del nacimiento del yo].⁴¹ Dentro de esta secuencia (autoerotismo, narcisismo, elección de objeto), que nosotros procuramos reducir a lo esencial, no se trata entonces de todo el individuo sino de su vida sexual, del objeto sexual y de la pulsión sexual. Esta vida sexual se destaca sobre el fondo de una vida o de una relación no sexual que la preexiste: es la vida de la necesidad, de la cual va a separarse.

CRONOLOGIA DEL
AUTOEROTISMO Y
DEL NARCISISMO

Las nociones de apuntalamiento y de tiempo «auto» significan que la vida sexual no está allí desde el comienzo o, para ser más claro: su comienzo no podría ser confundido con el comienzo de la vida de relación. Y por otra parte (en esta genealogía freudiana, al menos) no hay otro narcisismo primario u originario que este, y no hay autoerotismo más primario que este. De modo que nuestra concepción es la de una vida sexual que viene, como un

⁴¹ S. Freud, «introducción del narcisismo», en OC, 14, 1979, pág. 74. Entre corchetes, comentarios de Jean Laplanche.

FOTOCOPIADURA

AP C. E. H. C. E.

S/F

D/F

Folleto 28

5

injerto o como una emergencia (la cuestión se deja abierta) sobre la vida de relación (caracterizada en esta época de 1910-1915 por los términos de pulsiones de autoconservación, o de necesidad). Aquí va a plantearse una cuestión esencial, la de la «escalarización» o del estadismo; ¿de qué manera concebir esta secuencia: autoerotismo, narcisismo, homosexualidad (que Freud, en un momento dado, ha intercalado aquí) y elección de objeto heterosexual?, ¿y cómo articularía, incluso haría corresponder en unas tablas cronológicas sinópticas, con esa cantidad de otras secuencias a las cuales son tan aficionados los analistas: sucesión de estadios oral, anal, genital, y después todos los estadios descritos por Ferenczi a propósito del «desarrollo del sentido de la realidad», pasando por el encadenamiento de las «posiciones» kleinianas, hasta «autismo, simbiosis, separación, individuación, etc.»? O aun: ¿habría, por relación a la evolución gradual y madurativa de la relación del sujeto con el mundo objetivo (descrita y afinada a partir de un Piaget), un estadismo sexual que se debiera situar dentro de un simple corrimiento [décalage] cronológico? Si decimos que la secuencia autoerotismo, narcisismo, elección de objeto viene a injertarse sobre la vida de relación, ¿se podría decir que habría, por ejemplo, que haría comenzar a los dos o a los seis meses? En absoluto. A partir de que nos hemos desembarazado de la idea de que estas etapas freudianas son estadios del individuo, nada permite reiterar, a propósito de ellas y sin matices, una nueva escalarización.

Autoerotismo y narcisismo no definen modos fundamentales de relación con el mundo en general, sino modos de funcionamiento sexual y de placer. Desde el momento en que ellos se recortan sobre el fondo de una relación general con el mundo, que durante ese tiempo evoluciona y progresa, sólo pueden ser concebidos como momentos más o menos puntuales y más o menos reiterados, que por otra parte presentan diferencias esenciales en el estatuto temporal de uno y otro. La secuencia en dos tiempos —satisfacción sexual ligada a la necesidad, retroversión en el autoerotismo— se renueva un número incalculable de veces. Pero nada obliga a imaginar que esas microsecuencias se continuaran mecánicamente cada vez en un tercer estadio que aportaría su coronamiento a la tríada: apuntalamiento, autoerotismo, narcisismo. El narcisismo primario, por su esencia misma de

unificación, hasta de consolidación, se presta mejor a una evolución por momentos estructurantes, y es importante que una de las etapas capitales para ceñir su surgimiento haya sido descrita por Lacan como un momento de mutación, en el estadio del espejo. No porque el estadio del espejo sea el alfa y omega del narcisismo, sino que es prototípico de estos momentos cruciales de precipitación, de consolidación o de cristalización (como se dice a propósito del «amor», y no es un azar). Sería sin embargo absurdo, a partir del momento en que hemos situado el narcisismo en la secuencia sexual, hablar de fase narcisista pura. Es por otra parte claramente aquello que Freud nos significa, a propósito de la tercera de nuestras etapas, la de la elección de objeto: elección de objeto narcisista y elección de objeto por apuntalamiento están en coexistencia y en intrincación constantes.

ELECCION DE OBJETO
Y ACCESO A LA
OBJETIVIDAD:
RAICES FREUDIANAS
DE UNA CONFUSION

«Elección de objeto»: desde luego entendemos elección de objeto sexual. ¿Cómo este tipo de secuencia puede oscilar dentro del pensamiento psicoanalítico en una secuencia que escande el acceso a la objetividad? ¿Cómo esto puede

oscilar en primer lugar en Freud? Eso osciló ya otrora; no hubo un momento en el cual las cosas estuvieran perfectamente claras y un momento donde se embarullaron; y había ya oscilado antes de ser enunciado. La teoría no evoluciona linealmente en el sentido de ese plegamiento que yo denuncié. El plegamiento de lo sexual sobre la autoconservación está presente, debemos decir, aun antes del enunciado claramente formulado del narcisismo. En concreto, tres textos: «Introducción del narcisismo» de 1914, «Formulaciones sobre los dos principios del acontecer psíquico» de 1911 y, por último, «Pulsiones y destinos de pulsión» de 1915. Al texto sobre los dos principios⁴² no podemos más que «hincarle el diente»⁴³ (si yo lo he

⁴² S. Freud, «Formulaciones sobre los dos principios del acontecer psíquico», en *OC*, 12, 1980, págs. 223-31.

⁴³ [La expresión que emplea Jean Laplanche es «garder une dent»: sentir animosidad hacia algo o alguien. Hemos elegido para la traducción «hincar el diente» porque es lo que nos pone de manifiesto el párrafo que sigue, donde el autor no vacila en manifestar su desacuerdo con este texto freudiano pero, para hacerlo, «le hincó el diente», como él mismo señala (*N. de la T.*).]

traducido, ¿fue tal vez para mejor ejercer mi diente?) en la medida misma en que es el texto fundador de una psicología psicoanalítica del niño, que denunciamos como confusional.

Las cuatro primeras páginas de ese texto nos presentan explícitamente una evolución de las pulsiones del yo o de autoconservación; las pulsiones sexuales no son llamadas en auxilio hasta el párrafo 3 y para decir que las cosas ocurren de un modo bastante diferente en su caso.

Perfecto, todo va bien, ¿está por lo tanto establecida la distinción? No, por el contrario, todo va mal porque se ha descrito, en esas cuatro primeras páginas, el desarrollo de las pulsiones de autoconservación según una secuencia calcada sobre la secuencia sexual, y comenzando por un estado originario cerrado sobre sí mismo, inicialmente autosuficiente y monádico (mientras que «auto», en el dominio sexual, sería el resultado de un proceso y no un origen absoluto). Un estado del cual hay que salir después por no se sabe qué contorsión, que es la contorsión propia de todo idealismo: ¿cómo un idealismo podría abrirse sobre el mundo si está cerrado? Todo idealismo se contorsiona para encontrar aquello que ha perdido. Lo que yo estigmatizó como un idealismo o un solipsismo biológico está en su apogeo en estas primeras páginas de *Los dos principios*. Las pulsiones de autoconservación, el individuo psicobiológico, el lactante, tendrían que aprender la vía del objeto, y será necesario, dado esto, encadenar, en una verdadera deducción de una psicología racional muy inverosímil, las funciones psíquicas sucesivas: conciencia, atención, memoria, juicio, etc. Después de todo, este texto podría enrolarse bajo el estandarte de la «simbiosis» si se toma en cuenta esa famosa nota⁴⁴ que hace entrar los cuidados maternos (no la madre) en el huevo inicial. Así, desde antes que el narcisismo sea verdaderamente «introducido» («Introducción del narcisismo»), su futuro plegamiento está ya prefigurado, ¡hasta efectuado!

El otro texto ejemplar es «Pulsiones y destinos de pulsiones»,⁴⁵ donde el plegamiento es también operado, pero de manera simétrica a la precedente: de la autoconservación sobre la sexualidad, y no ya de la sexualidad sobre la autoconservación. Aquí, en efecto, el modelo de partida es explícitamente la sexualidad; la autoconservación es dejada en buena parte de lado puesto que se trata del destino de las pulsiones sexuales. Pero, pese a ese comienzo prometedor, hemos mostrado que era necesario hacer «pasar un cuchillo»⁴⁶ e indicamos las líneas siguiendo las cuales había que clivar la descripción de la pulsión que se nos propone. Sin pretender volver sobre lo que hemos desarrollado en otra parte, recojamos sólo una proposición, capital y ambigua, verdadera formación de compromiso: «Las necesidades de las pulsiones yoicas que nunca pueden ser satisfechas de manera autoerótica. . . .»⁴⁷ En efecto, ¡bravo! El individuo bio-psicológico, con sus pulsiones de autoconservación (o «yoicas»), está desde el comienzo abierto hacia una intencionalidad-objeto. Pero también ¡qué confusión asombrosa en la expresión! que las pulsiones de autoconservación, que precisamente no son eróticas, no puedan satisfacerse de manera «autoerótica»: ¿Será una trivialidad o un sinsentido? ¿No se tratará, más bien, de una impropiedad, de una desviación del sentido del autoerotismo, ya presto a perder su connotación sexual para significar sólo una clausura general sobre sí mismo, una ausencia de objeto exterior, sea sexual o no sexual? Una ocurrencia suplementaria del plegamiento que queremos desplegar.

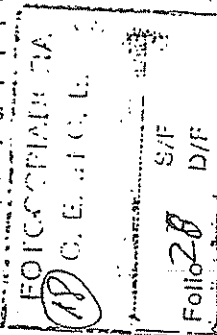
⁴⁴ S. Freud, «Formulaciones sobre los dos principios del acontecer psíquico», *op. cit.*, págs. 224-5, n. 3.

PLEGAMIENTO
DEL FUNCIONAMIENTO
AUTOCONSERVATIVO
SOBRE EL MODELO DE
LA PULSION SEXUAL

Para terminar esquemáticamente con este plegamiento freudiano recordemos que, a continuación, el narcisismo primario u originario va a ser planteado como estado primero del ser humano y ya no se lo distinguirá del autoerotismo: la secuencia autoerotismo-narcisismo va a

DESCRIPCION
DE FREUD A LA
ANOBJETALIDAD

⁴⁵ S. Freud, en OC, 14, 1979, págs. 113-34.
⁴⁶ Cf. *Problemáticas III, La sublimación*, Buenos Aires: Amorrortu editores, 1987, págs. 48 y sigs.
⁴⁷ S. Freud, «Pulsiones y destinos de pulsión», *op. cit.*, pág. 129, n. 30.



desaparecer de las elaboraciones freudianas; el autoerotismo será definido como el modo de satisfacción del estadio narcisista. El narcisismo primario perderá por eso su carácter de relación especular con un objeto interno, para devenir casi sinónimo de estado «anobjetal». En una misma redistribución del juego, el «narcisismo del yo» va a cambiar de lugar: en «Introducción del narcisismo» era equivalente al narcisismo primario porque hacía falta una acción fundadora del yo para que hubiera narcisismo; no hay yo, no hay narcisismo. Pero en los textos ulteriores, *El yo y el ello* en particular, el narcisismo del yo va a ser declarado «secundario» respecto de un narcisismo primario anobjetal.

La confusión que denuncio, este plegamiento de la génesis de la sexualidad sobre el desarrollo de la relación perceptivo-motriz con el mundo o con el ambiente, continúa haciendo sus estragos después de Freud: Si un sujeto, confundidas todas las pulsiones, se pudiera decir, está inicialmente cerrado para después tener que abrirse, ¿como podría hacerlo? Se nos habla de la «frustración» que enseñaría al pequeño ser humano a vivir, pero, precisamente, en Freud la *Versagung* no es frustración —o no es eso sólo—; es acto de rechazo por parte de un ser humano adulto; un «rehusarse a», o, como intentamos traducirlo actualmente, un «rehusamiento».

CONFUSIONES SOBRE
LA ALUCINACION
PRIMITIVA

Otro punto que es necesario cuestionar, aunque se haya terminado por tomarlo como adquisición indiscutible a fuerza de haberlo oído repetir desde Freud, es la noción de *alucinación primitiva* y la confusión que ella vehiculiza. Sabemos que esta noción encuentra su origen, en el «Proyecto de psicología», en lo que Freud llamaba entonces «experiencia de satisfacción» y que presupone precisamente la apertura originaria al mundo para una satisfacción. Después, se nos dice, en ausencia de la satisfacción el objeto sería alucinado. Alimentarse alucinando: ¿por qué se saldría de ello? ¿Por qué un poco de frustración se toleraría gracias a la alucinación y por qué mucha frustración llevaría a renunciar a esta? De hecho se puede mostrar aquí, sobre todo en la posteridad freudiana, el mismo plegamiento. Lo que describía con ello Freud era una suerte de surgimiento, de génesis de la sexualidad. En el «Proyecto», lo «alucinado» son unos *signos que*

acompañan a la satisfacción, y no el objeto de la satisfacción. Hemos insistido en este desplazamiento metonímico del objeto, en el surgimiento de la pulsión sexual a partir de las funciones de autoconservación. En el ejemplo prototípico, este modelo, casi ficticio, del amamantamiento, no hay coincidencia sino total desplazamiento de la leche al pecho. La «alucinación» no es entonces algo real imaginado que sustituyera a lo real, un alimento que sustituyera a otro alimento. Lo podríamos mostrar también en el ejemplo que sin embargo parece ir más lejos en el sentido de una satisfacción sustitutiva: me refiero a los sueños de inanición, según Freud los estudia en *La interpretación de los sueños*. La alucinación llamada primitiva no nutre; no sustituye a lo real: ella es el nacimiento del fantasma, el despegue de la genealogía sexual. La alucinación primitiva (si «alucinación» hay) nunca será desautorizada por la realidad, no puede serlo. (Volveremos sobre este esquema porque, como tal, es aún insatisfactorio: forma parte de la construcción llamada del «apuntalamiento», una construcción que no es más que un momento para llegar a otra cosa. El apuntalamiento, como tal, propone todavía un movimiento de aspecto endógeno; en el esquema de la experiencia de satisfacción y del apuntalamiento, es cierto que el otro humano está ahí antes, pero su rol se resume a ausentarse.)

Simbiosis

A otro avatar de este plegamiento ya lo mencionamos a raíz de la inclusión, en el huevo inicial, de la madre. La vía está aquí totalmente trazada hacia lo que se llama *idada* o *adualismo*, o también *simbiosis*. Para tomar este último término: vehiculiza, bajo su apariencia de evidencia, todas las confusiones posibles. La *simbiosis* es una noción biológica, objetiva tal vez, pero de la cual se pretende extraer la idea de una *simbiosis* subjetiva. En el plano biológico, según el diccionario de Robert, se trata de una «asociación durable y recíprocamente beneficiosa de dos organismos vivos»; y se nos da el ejemplo del líquen. Pero aun biológicamente, aun en el plano de la autoconservación, esa reciprocidad que haría beneficiosa para ambas partes la asociación madre-hijo es dudosa. Hay *disimetrías* fundamentales. En cierto sentido, para retomar otro modelo biológico de asociación, se podría también decir que el hijo es el parásito de la madre. Y se podría decir inversamente (en este caso tomando «pa-

28

rásito» en el sentido moderno, surgido de la comunicación: los ruidos parásitos) que la madre «parasita» al hijo.

CONTRA EL
SOLIPSISMO DEL BEBE
PSICOANALITICO.
DOS REACCIONES
MAL FUNDADAS
EN EL COMIENZO

He querido mostrar, para todos estos movimientos de plegamiento teórico de la sexualidad sobre la autoconservación, su fuente en la relación *real* de vicariato, de «recuperación en recalce»; evidentemente un proceso complejo que es preciso concebir progresivo y parcelario.

Si se traspone ese movimiento en una recuperación global de los intereses de la autoconservación por el amor, si se postula además que esta recuperación existe desde el comienzo y como desde toda la eternidad, uno niega evidencias y se coloca ante una tarea imposible (retomada de la filosofía solipsista más caricaturesca): hacer salir al sujeto de su mónada, hacer surgir el mundo de la galera del prestidigitador.

BALINT

Una de las reacciones más vigorosas contra esta teoría del narcisismo primario fue sin duda la de Balint en un artículo de 1937, «Los primeros estadios del desarrollo del yo. Objeto de amor primario». ⁴⁸ En su parte crítica, en efecto, barre definitivamente el narcisismo primario anobjetal. Pero por otra parte Balint no escapa al movimiento general en la medida en que sustituye ese narcisismo primario por el término de amor (de objeto) primario, con lo cual introduce, desde el comienzo, una hegemonía de lo sexual. ¿Amor o erótica? De todos modos, hay más inconvenientes que ventajas en introducir el término de amor aquí, es decir desde el comienzo, en la medida en que toda la investigación psicoanalítica muestra que el amor no es sólo relación con el otro en el apego, sino consideración del otro en total y como acto del sujeto total; según lo formula Freud, no se puede decir que una pulsión ame. De modo que la retroproyección que Balint hace del amor sobre la primera relación sujeto-ambiente amenaza de nuevo hacernos descuidar el hecho de que Eros tiene una génesis separada y autónoma, una de cuyas etapas rectoras es la totalización nar-

⁴⁸ *Amour primaire et technique psychoanalytique*, Paris: Payot, 1972, págs. 91-109.

cisista. Todo esto para señalar frente al artículo mencionado un entusiasmo en cuanto a la claridad de la crítica, pero una circunspección en cuanto a la introducción del término «amor primario», que nos hace recaer otra vez en el plegamiento que intento exorcizar.

LOS KLEINIANOS

¿Qué ocurre del lado de los kleinianos? Estos se deslizan en el pensamiento freudiano hasta el momento en que lo hacen estallar desde el interior: inyectan poco a poco su problemática en la terminología freudiana, de modo que durante largo tiempo el término de narcisismo primario continuará siendo conservado. Lo que ellos describen dentro de este cuadro es un tipo de relación con el objeto, lo que está en contradicción feliz con la noción de narcisismo absoluto. Es en *Desarrollos en psicoanálisis* donde sale a la luz la concepción kleiniana del narcisismo, con una crítica al menos implícita, a veces explícita, de la noción de una clausura monádica. He aquí una formulación extraída de un artículo de Paula Heimann: «... en el estado narcisista, el objeto exterior es odiado y expulsado de manera que se pueda amar al objeto interno que está fusionado con el yo y extraer de ello placer». ⁴⁹ El estado narcisista implica aquí el investimiento de un objeto, de una cosa interna en sí, fusionada con el yo. Además, este estado narcisista es totalmente compatible con la apertura al mundo y al objeto externo desde el comienzo, aun cuando más no fuera para odiarlo y rechazarlo. En el movimiento kleiniano el narcisismo aparece más y más ligado al objeto interno interiorizado. Así, para Joan Riviere, en la introducción del mismo volumen: «desde nuestro punto de vista, la fase narcisista o autoerótica recubre la relación objetal y coexiste con ella, en gran parte en virtud de los procesos introyectivos que actúan en ese estadio». ⁵⁰ Encontraremos las mismas posiciones contra el estado monádico en el artículo de Melanie Klein «Observando la conducta del bebé». ⁵¹ Para concluir sobre este punto: los kleinianos es-

⁴⁹ «Algunas funciones de la introyección y de la proyección en la temprana infancia», en *Desarrollos en psicoanálisis*, Buenos Aires: Hormé, 1967, pág. 141.

⁵⁰ Introducción general, en *ibid.*, pág. 28.

⁵¹ *Ibid.*, págs. 209-34. El texto, relativamente tardío (1951) y poco conocido, sobre «Los orígenes de la transferencia», toma definitivamente partido contra «la hipótesis de un estadio pre-objetal». Nuestra objeción

FORNELLERIA
18 G. F. A. V. L.
Folio 28
S. F. D. F.



bozan una perspectiva que se despega de la fábula de un estado narcisista originario del ser humano, en beneficio de la única concepción sostenible del narcisismo, que es entenderlo ligado a una introyección del objeto total. Pero, por otra parte, un poco como en Balint, el plegamiento amenaza nuevamente porque todo el desarrollo es colocado bajo el signo explícito y único de la diada amor-odio, sin que se diga una palabra acerca de la autoconservación.

VIII. Hacer su lugar a la psicología del niño

Una perspectiva sana sobre la especificidad del psicoanálisis, sobre la relación del campo psicoanalítico con el campo psicológico y sobre el primer desarrollo del ser humano padece gravemente por la omisión de distinguir el dominio de la sexualidad y el de las adaptaciones psicofisiológicas primeras, lo que Freud llamaba autoconservación antes de abandonarlo él mismo en su pensamiento.

Frente a esta aporía que nos ha dejado Freud, frente a este recubrimiento, a esta recaída operada por él en su teoría, la reacción más radical es sin duda separar la línea psicoanalítica de toda psicología, sea en Balint o en los kleinianos en cierto modo, hasta, eventualmente, el repliegue sobre «el niño mítico» o «el niño psicoanalítico».

EL NIÑO
PSICOANALÍTICO,
¿NIÑO MÍTICO?
DISCUSIÓN
DE A. GREEN

Esta es la línea de pensamiento de ciertos artículos del número 19 de la *Nouvelle Revue de Psychanalyse* sobre «L'enfant». ⁵² El artículo de André Green, «L'enfant modèle», va claramente en ese sentido de la retirada sobre «el niño psicoanalítico», a la vez aquel de la situación analítica y el de la teoría. «Se desemboca necesariamente en la discusión cuyos términos han sido definidos por Anna Freud:

a Melanie Klein permanece, sin embargo, enteramente: la ausencia de distinción entre la relación de autoconservación y el par amor-odio le impide fundar sus posiciones tanto en relación con la metapsicología cuanto con relación a la biología. (Cf. Melanie Klein, «Les origines du transfert», *Revue Française de Psychanalyse*, vol. XLVII, n° 3, 1984, págs. 814-24.)

⁵² Primavera de 1979.

¿es el niño "real" aquel que construye, o reconstruye, el psicoanálisis? Responderemos sin equívoco: no. Pero será para afirmar, en cambio, que el rol del psicoanálisis no es reconstruir el niño real; más bien el niño mítico, la infancia mítica de un niño real, que, este sí, constituirá el objeto de la psicología del niño [vemos que surge la oposición entre mito-psicoanálisis y realidad-psicología]. Opondré entonces el niño verdadero del psicoanálisis —en el sentido en que Freud habla de verdad histórica— al niño real de la psicología. Por encima de ambos, el niño de la verdad material no podría ser otro que aquel de la conjunción del niño real de la psicología y el niño verdadero del psicoanálisis. ⁵³ Ciertamente este movimiento debe ser calificado de sano o de saludable en la medida en que sitúa el campo del psicoanálisis, como conviene, a partir de una distinción frente a otro campo, el de la psicología. Pero nos parece que Green fracasa en la tarea de situar esta distinción en el lugar correcto. Sólo atina a reducir a la fuerza la psicología a una pseudo ciencia destinada exclusivamente a lo «real», sin ningún derecho a la hipótesis, sin posibilidad de recurrir, por ejemplo, a la hipótesis de la representación, noción central del psicoanálisis según Green. Si lo acompañamos un trecho de su camino, las cuestiones pululan bajo nuestros pies. En primer lugar, me parece que no lleva las cosas hasta el fondo en lo que toca a la concepción del niño mítico o representativo; en efecto, sería indispensable, por una parte, reconocer que —y el modo en que— el sujeto humano, el niño, se mitifica a sí mismo y, por otra parte, mantener empero la distinción entre esta auto-representación y la hipótesis científica. Más en general, nos parece que Green oscila entre dos criterios para delimitar el dominio propio del psicoanálisis: a veces se trata del inconsciente, y estamos en un todo de acuerdo en ello (aunque no se debe omitir caracterizarlo como propiamente sexual); y otras veces lo propio del análisis sería moverse en el campo de la representación; y aquí yo objeto que no se puede rehusar a la psicología el derecho a la secuencia heurística que es patrimonio de muchas otras ciencias: imaginario, hipótesis, verificación. Esta reducción de la psicología a una realidad sin verdad, a una suerte de empirismo impensable, sería en suma el precio

⁵³ *Ibid.*, pág. 45.